

cos despues de la toma de Belgrado, salvó el honor de las armas imperiales.

Viena hizo entonces los mas extraordinarios esfuerzos para reparar en el siguiente año los daños sufridos, y su energía en aquella ocasion produjo el mejor efecto. Para la campaña de 1691 púsose en pié de guerra el ejército imperial mas formidable de cuantos, desde hacia largo tiempo, habian sido enviados contra los turcos, de lo cual resultó perjudicada la campaña del Rhin, pues la mayor parte de las fuerzas del emperador que allí luchaban hubo de pasar á Hungría. Además algunos Estados del Imperio enviaron los tan deseados auxilios, entre ellos un pequeño destacamento badense y un cuerpo brandeburgués de 6,000 hombres mandado por el general Juan Alberto de Barfus. Así es que cuando en julio llegó el margrave Luis de Baden al teatro de la guerra, despues de haber recogido un cuerpo de 12,000 hombres anteriormente destinado á la defensa de Transilvania y algunos otros pequeños destacamentos, disponia de un ejército de unos 40,000 hombres. El del gran visir Koepril vendría á constar de una tercera parte mas, con la particularidad de que en él se encontraban buen número de oficiales de artillería y de ingenieros franceses, enviados por Luis XIV, que pusieron al servicio de la media luna los conocimientos técnicos y la práctica de Occidente. ¡Cuán distintos estos tiempos de aquellos otros, no muy lejanos, en que varios príncipes franceses, contra la voluntad del rey se apresuraron á ponerse al servicio del emperador para luchar contra los infieles (1)! El sentimiento del antagonismo religioso sucumbia en este caso ante el impulso de la comunidad de intereses político militares.

Los dos ejércitos, apercebidos para la batalla decisiva, encontráronse en el rincón de la península Sirmia comprendido entre el Danubio, el Drave y el Save, que cercaban formando extenso semicírculo las plazas fuertes de Peterwardein, Titel, Semlin y Belgrado. La batalla de Szlankamen (19 de agosto de 1691) fué una de las mas sangrientas que aquel siglo registra en sus anales (2). En tierra luchaban los ejércitos y en el Danubio las escuadrillas. Comenzó la accion por el ataque que el ala derecha imperial dirigió contra las trincheras turcas construidas por ingenieros franceses: la lucha fué terrible y mucha la pérdida de gentes, muriendo el jefe del ala, el general de artillería de Souches, y cayendo gravemente herido Guido de Starhemberg. Tres veces fueron los asaltantes rechazados de las trincheras por los genízaros, pudiendo á duras penas conservar sus posiciones, y á las pocas horas de combate casi la mitad de los combatientes yacian muertos ó heridos sobre el campo de batalla. La caballería turca mandada por Emerico Toekoely quiso por medio de un ataque en masa romper el centro de la línea alemana, pero esta tentativa fracasó tras reñida lucha por haberse lanzado enérgicamente contra los agresores el margrave Luis con sus escuadrones. Entonces entró en accion el centro, en donde se encontraba el general Barfus con sus brandeburgueses y una parte de la infantería imperial, y con un vigoroso ataque sobre el flanco de la caballería turca evitó la completa derrota del ala de los imperiales.

La batalla habia comenzado á las tres, y al acercarse la noche el ejército cristiano se encontraba en gravísimo peligro: el ala derecha estaba poco menos que destrozada y el centro se sostenia con gran trabajo: por otra parte, en el Danubio la ventaja estaba del lado de la escuadra turca. No

(1) Véase el libro IV, pág. 257, de esta obra.

(2) Acerca de esta batalla véase, además de las obras antes citadas, el trabajo escrito para la conmemoracion del centenario por A. Schulte, en el suplemento de la *Allgemeine Zeitung*, de Munich, de 19 y 20 de agosto de 1891.

habia mas que un medio de salvacion. El ala izquierda, encargada de operar contra el ala derecha de los turcos, menos fuerte que las otras posiciones, y de caer sobre ella por retaguardia mediante un movimiento de flanco para efectuar el cual debia dar un rodeo bastante largo, no habia entrado aun en accion: mandábala el feldmariscal conde de Dunewald, que contaba setenta años, que desde la batalla de San Gothardo no habia faltado casi á ningun combate contra los turcos, y á quien quizás molestaba tener que pelear á las órdenes del jóven margrave de Baden. Su tardanza en entrar en combate no fué imputable á culpa suya, pues que, además de tener que vencer grandes dificultades topográficas para llegar hasta el enemigo, la lucha en el ala derecha habia comenzado antes de lo que en el plan de batalla se previera, á consecuencia de lo cual los movimientos de las dos alas no habian coincidido oportunamente. El margrave Luis, en vista de tal retardo, corrió en busca del cuerpo de Dunewald para acelerar su marcha, y habiéndole dado alcance, dejó atrás la infantería, púsose al frente de dos brigadas de caballería, hizo que le siguiera la caballería nacional húngara, y dejando á Dunewald con el grueso de su ejército, cayó violentamente sobre el flanco y la retaguardia del campo turco que en aquel sitio estaba débilmente defendido. Este ataque decidió la batalla. Los genízaros y una parte de la caballería turca, atacados de frente y por la espalda, opusieron desesperada resistencia; pero la noche aumentó los horrores de los inesperados ataques que por todos lados sufrían los turcos, pues el ala derecha y el centro austriacos avanzaron tambien con irresistible empuje. Muy pronto dispersáronse los atacados, terminando la accion con una sangrienta carnicería y una desordenada fuga: el ejército turco que dos horas se habia creído vencedor estaba á la sazón completamente destrozado.

Fué aquella una victoria tan completa para los austriacos como otra igual no habian logrado desde la toma de Viena en 1683: la batalla de Szlankamen fué la batalla maestra de Luis de Baden. En 20,000 muertos se estimaron las pérdidas de los turcos; del cuerpo de genízaros solo quedaron 2,000 hombres que huyeron á Belgrado, y de los restos de aquel ejército pocos pudieron verse nuevamente reunidos. Entre los que perecieron en el combate cuéntanse el agá de los genízaros, el serasquier, la mayoría de los bajás y el gran visir Koeprili. Los vencedores se apoderaron de un inmenso botín en el conquistado campo turco.

Pero las pérdidas del ejército cristiano fueron tambien tan grandes que fué imposible pensar en aprovecharse rápidamente de la victoria, sorprendiendo, por ejemplo, la plaza de Belgrado, que, al parecer, se encontraba indefensa. Tuvieron los imperiales 7,000 bajas entre muertos y heridos, de ellas 900 los brandeburgueses, siendo muy considerables las de oficiales, tanto que de los 40 que habia en dos regimientos brandeburgueses solo quedaron siete aptos para el servicio. El vencedor necesitaba, pues, algun tiempo de reposo para reparar sus fuerzas, sin lo cual era inútil pretender sacar de la victoria las importantes consecuencias que habia derecho á obtener de ella. Sin embargo, el gobierno de Viena no queria oír hablar de nuevos esfuerzos que no estaba en situacion de hacer: ciertamente que se habia conjurado un gran peligro, pero aquella costosa campaña habia agotado todos los recursos de la hacienda austriaca, repitiéndose entonces el caso tan frecuente en las guerras de aquella época, á saber, que merced á un esfuerzo titánico creábase un estado de superioridad pasajera, pero luego á la energía del primer momento sucedia, aun en el vencedor, una postracion profunda, debiéndose á esto el que grandes batallas tuviesen resultados relativamente pequeños y de efectos poco dura-

deros. La campaña de 1692, que despues de la batalla de Szlankamen hicieron los imperiales en Hungría, fué muy poco vigorosa y no tuvo mas consecuencia que la toma de Grosswardein (5 de enero), una de las pocas plazas que en el interior de aquella nacion habian los turcos hasta entonces poseido. Al año siguiente, Luis de Baden abandonó, segun hemos ya dicho, el teatro de la guerra de Hungría para

hacerse cargo del mando del ejército del Rhin, y al retirarse de allí aquella campaña prosiguió durante algunos años sin energía y con pocos hechos de armas importantes, á causa de la insuficiencia del ejército y de la ineptitud de los que lo mandaban; y si de ella no salió mal parada la causa del emperador fué porque con la muerte de Koeprili volvió á decaer muy pronto el enérgico impulso que éste habia sabido



LUDOV. WILH. MARCH. BADEN. c. HOCHR. S. C. M. GEN. LOCUMT. CAMPIMARISC.  
*Die Zeit. die ich, tibi quoniam premittit scriptis auct. 1691. 4. 20.*  
 P. Schenk del.

El feldmariscal Luis Guillermo, margrave de Baden  
 Facsimile reducido del grabado de Pedro Schenk (1645-1715)

imprimir á la organizacion militar en Constantinopla. Así continuaron las cosas hasta que en 1697 el príncipe Eugenio de Saboya reemplazó en la direccion de la guerra turca al elector Augusto de Sajonia, que hubo de dejarla para atender á la cuestion de la sucesion al trono de Polonia. Entonces se obtuvieron nuevos y decisivos éxitos.

### CAPITULO III

LA ELECCION DE JOSÉ I Y LA DIGNIDAD ELECTORAL  
 HANNOVERIANA

Antes de proseguir la narracion del curso y término de la guerra es preciso echar una ojeada sobre los asuntos inte-

ALEMANIA DESDE LA PAZ DE WESTFALIA

riores de los Estados alemanes durante aquellos años, pues que los sucesos de la guerra no eran óbice para que á la vez se desarrollaran los que son propios de la vida normal de los pueblos. Por muy poderosos que fuesen los enemigos con quienes luchaba el Imperio en Oriente y Occidente, estas luchas no eran ni con mucho bastantes á agotar su vida y sus esfuerzos políticos; así es que en medio de aquellos años de guerra ocurrieron acontecimientos, en parte de mucha mayor trascendencia.

Digamos siquiera cuatro palabras acerca de la suerte que cupo á la Cámara imperial, en cuya existencia, antes tan tranquila, introdujo la guerra grande excitacion y notables modificaciones.

Este supremo tribunal del Imperio residia en Spira desde



los tiempos de Carlos V; pero á la sazón, en vista del peligro de la guerra con Francia, se pensó que la Cámara, cuya misión era pacífica y cuyos documentos constituían un tesoro precioso, estaba demasiado cerca de la frontera francesa y era, por tanto, necesario trasladar su residencia á sitio mas seguro. Ya en 1681 hablóse de esto en Ratisbona y en Spira, y bajo la impresion de la política francesa de las *reuniones* acordóse trasladar á Francfort del Mein los documentos antiguos y los depósitos en metálico. La eleccion de nueva residencia á que había de procederse no era tarea fácil, y durante aquel año se pensó en varias ciudades alemanas, además de Francfort, tales como Wetzlar, Friedberg en el Wetterau, Schweinfurt, Mühlhausen y Erfurt; pero no se tomó una resolución definitiva hasta que habiendo los franceses incendiado á Spira, en mayo de 1689, la Cámara se encontró dispersa y sin asilo. Entonces un decreto imperial de 28 de setiembre de 1689 dispuso su traslación á la ciudad de Wetzlar, á pesar de lo cual transcurrieron algunos años antes de que volvieran á reunirse los asesores que se habían diseminado por todo el mundo, y por consiguiente antes de que el tribunal pudiera celebrar con regularidad sus sesiones en su nueva residencia, en la que, como es sabido, permaneció hasta el fin del Imperio.

Al pasar revista á los diversos Estados del Imperio, llama nuestra atención en primer término la elevada posición que alcanzaron en aquellos años la casa de Habsburgo y su jefe el emperador Leopoldo. Treinta años antes, al subir al trono este príncipe, su situación era relativamente humilde, pues el brillo de su corona estaba oscurecido por el de la corona francesa, hallándose, además, expuesto á muchas derrotas y á no pocas humillaciones. Así continuó su gobierno por espacio de algunos años, pero en la época de que tratamos su situación había variado por completo.

La guerra contra los turcos y la consideración que con ella había ganado en Alemania y en toda Europa habían sido la palanca por cuyo medio la casa de Austria se había elevado al mas alto nivel político. Vino despues la guerra con Francia, valerosamente emprendida, y los mas importantes Estados europeos unieron estrechamente al emperador y se interesaron por el bienestar y la prosperidad de su Imperio: los Estados de éste, por otra parte, aun en medio de las disensiones producidas por cuestiones de detalle, formaban con el emperador una alianza guerrera tan firme como quizás no había existido nunca. No era, pues, de extrañar que la política imperial se esforzara por aprovecharse mas y mas de la situación excepcionalmente favorable en que el Imperio se veía colocado.

De todos los fines á cuya realización se tendía, el principal era asegurar la corona imperial. Contaba á la sazón (1689) el emperador Leopoldo cincuenta años y no tenía motivo alguno para pensar en una muerte próxima. En Viena se sabía perfectamente que en el fondo de todos los planes políticos de la monarquía francesa latía la idea de obtener la corona imperial; pero precisamente entonces Luis XIV, para el caso de que vacase repentinamente el trono del Imperio, tenía muchas menos probabilidades que en 1658 de ser elegido para ocuparlo. No había, por lo tanto, peligro manifiesto en esperar; mas á pesar de ello el gobierno de Viena puso gran empeño en obtener la eleccion de rey de romanos y en asegurar así la sucesión en el Imperio en favor del archiduque José, hijo mayor del emperador que contaba once años.

El motivo principal de este paso, en otras circunstancias tan fácil de combatir, fué la creencia justa de que quizás nunca se volvería á presentar una ocasión tan propicia

como aquella para realizar sin grandes esfuerzos ni sacrificios los deseos de la corte imperial. «No tendremos otra oportunidad como esta para realizar el plan que nos proponemos, decíase en una memoria. Nunca, desde los tiempos de la Reforma, ha estado Alemania mas unida que ahora ni Francia menos en condiciones de dificultar nuestros propósitos. ¡Aprovechemos esta situación, aprovechemos las ventajas de la guerra actual, aprovechemos el odio que despierta el rey Luis en quien todos ven al enemigo capital (1)!»

En realidad la situación de las cosas en el Imperio era tal, que el éxito apenas ofrecía duda alguna. La corte de Viena podía estar segura de los electores eclesiásticos. En Maguncia habían sido descartadas las altaneras pretensiones archicancillerescas con que en otro tiempo había querido intervenir en el asunto de la eleccion de 1658 Juan Felipe de Schonborn, y el nuevo elector Anselmo Francisco de Ingelheim, en el mismo momento en que el general imperial Carlos de Lorena se apercebía á reconquistar aquella ciudad del poder de los franceses, hacia al emperador espontáneamente y antes de que se le hiciera ninguna indicación sobre ello (junio de 1689) el ofrecimiento de su voto para la eleccion. El elector de Tréveris veía la mayor parte de su archidiócesis ocupada y devastada por los franceses que habían bombardeado su residencia, la ciudad de Coblenza, y estaba completamente á la disposición del emperador, único de quien esperaba la salvación. En cuanto al joven poseedor de la sede de Colonia, José Clemente de Baviera, que tan obligado estaba al emperador por lo que había hecho por él apoyando su nombramiento en contra del protegido de Francia, Furstemberg, cómo podía negarle, en pago de tales favores, su voto en la eleccion que se proyectaba?

Lo propio sucedía con los electores laicos. El anciano Felipe Guillermo del Palatinado, el neuburgués, que era suegro del emperador Leopoldo I y que muy pronto había de serlo también (mayo de 1690) del rey de España Carlos II, vivía en la corte de Viena y estaba identificado con la política imperial: él fué, según parece, el primero que con el canciller Stratmann dió el primer impulso al entronizamiento de su nieto. Maximiliano Manuel de Baviera era en ocasiones veleidoso, pero en aquel asunto no era de esperar resistencia alguna de su parte. Quedaban los dos electores protestantes de Sajonia y de Brandeburgo; pero aun cuando los gobiernos de Dresde y de Berlín pudieran abrigar algunos temores acerca de las posibles consecuencias de un nuevo robustecimiento del poder imperial y del Imperio, ninguno de los dos príncipes de aquellos Estados se encontraba en condiciones de ponerse en abierta oposición contra una propuesta electoral y contra una indudable mayoría. Entre el elector Federico III de Brandeburgo y el gabinete de Viena había cierta tirantez de relaciones por las cuestiones de acuartelamientos y subsidios, y sobre todo por la cuestión enojosa de su promesa respecto de la devolución de Schwiebus, acerca de la cual hablaremos más adelante, pero por muy grande que fuese su disgusto, el elector no pensó ni por un momento en oponerse á la eleccion, pues por el tratado de alianza de 22 de marzo de 1686 estaba obligado «á ayudar al archiduque José, aun *vivente Augustissimo Imperatore*, á conseguir la corona de rey de Romanos (2).»

De suerte que todo se aunaba en pro del plan del emperador, pues que la opinión de los demás príncipes del Imperio era á él favorable y hasta los aliados exteriores, Holanda é

(1) Wagner: *Hist. Leopoldi Magni*, tomo II, pág. 151, y además Pribram: *Austria y Brandeburgo* (1688 á 1700), pág. 29.

(2) Artículo 17 del tratado. Véase Morner: *Tratados de Estado*, página 757.

Inglaterra, interponían su influencia para que tal proyecto pudiera llevarse á feliz cima. En otras circunstancias ¡cuántas razones políticas y jurídicas no se habrían aducido en contra de la eleccion de un príncipe Habsburgo de once años para la dignidad de rey de Romanos! Pero á la sazón todos los que en aquel acto debían tomar parte mostrábase dispuestos á otorgar al emperador lo que no podía serle negado; y si con esto se suscitaba un nuevo obstáculo á los deseos de obtener el Imperio que manifestaba Francia, esto era precisamente lo que quería la opinión entonces predominante, tan excitada contra el enemigo del Imperio y el destructor del Palatinado.

Por todas estas razones el curso de aquel asunto fué sencillísimo: quizás en ninguna eleccion régia consiguió la casa de Habsburgo el fin que se proponía con menos oposición y á costa de menos esfuerzos que en la de José I. En mayo de 1689 inicióse en Viena este proyecto, y muy pronto se vió que en realización costaría menos cuidados que dinero; y aun cuando los apuros económicos enfrente de dos costosas guerras eran muchos, no faltaron para el objeto las sumas necesarias. El elector de Maguncia convocó una dieta de electores en Augsburgo, y aunque aquella no era la forma acostumbrada tratándose de una eleccion de rey de Romanos, acudieron á ella personalmente la mayoría de los convocados y en primer término el emperador (fines de agosto de 1689). Únicamente los electores de Sajonia y de Brandeburgo, cuya presencia personal tanto deseaba el emperador, se hicieron representar por embajadores: las enojosas negociaciones con el brandeburgués por la cuestión de Schwiebus no tuvieron, sin embargo, mas consecuencia que la de que Federico III no acudiera personalmente á la dieta de Augsburgo, pues por lo que toca á la eleccion que en ésta se llevó á cabo no hizo á ella oposición alguna.

Engreídos por los éxitos con tanta facilidad alcanzados, los consejeros imperiales consideraron el procedimiento de la eleccion como una mera formalidad. La fijación de la capitulación electoral no ofreció grandes dificultades, y en ella, como es natural, se omitieron algunas condiciones restrictivas que se habían consignado en la de Leopoldo I, porque las exigía la situación de las cosas en 1658 (1). Conforme al actual estado de cosas y á las grandes esperanzas que se alentaban, introdujose en aquella un artículo en el cual se declaraba expresamente que la paz de Westfalia no era obligatoria en cuanto á sus estipulaciones relativas á Francia, «á causa de haberla esta potencia quebrantado contra el Sacro Romano Imperio (artículo 2.º)». Los electores llevaron su condescendencia á tal extremo que acordaron, con el solo voto en contra del de Brandeburgo, autorizar al archiduque José para que á la edad de diez y seis años pudiera hacerse cargo del gobierno del Imperio, á pesar de que la Bula de Oro exigía que el emperador tuviese por lo menos diez y ocho (2).

Los debates oficiales de la eleccion comenzaron en diciembre y en 24 de enero de 1690 pudo procederse á ella, siendo á los dos días solemnemente coronado por el elector de Maguncia el rey José, que contaba once años. Era esta la segunda corona que ceñía la frente de aquel niño, á quien

(1) Entre ellas el tan debatido artículo de la «asistencia» de la capitulación electoral de Leopoldo I (artículos 13 y 14), acerca del cual puede verse lo que hemos dicho en el libro II, pág. 107, de esta obra. A la sazón no podía ser cuestión, como se comprenderá, el negar al futuro emperador el apoyo á España contra Francia.

(2) En la capitulación electoral (art. 47) se fija también la edad de diez y ocho años: aquella concesión fué otorgada en una declaración especial. Véase Pufendorf: *De rebus gestis Friderici III*, etc., tomo III, § 15. La capitulación electoral de José I está impresa en las *Acta publica*, de Londorp, tomo XVII, pág. 1, y en otras obras.

dos años antes se había conferido en Pressburgo la de San Esteban, de Hungría. El joven príncipe era, según lo pintan las descripciones de la época, de figura y rostro simpáticos y estaba dotado de gran talento y viveza. En aquel niño dos veces coronado cifráronse grandes esperanzas para el porvenir, y la verdad es que cuando el niño se hizo hombre demostró que era digno de realizarlas (3). Pero por lo pronto su eleccion fué ya un gran triunfo para la política de los Habsburgos y pudo ser considerada como una victoria sobre Francia, aun cuando la diplomacia francesa no acudió al palenque, y como un suceso que aseguraba firmemente por largo tiempo la preponderancia de la casa de Austria en el Imperio.

Mientras se resolvía fácil y casi cómodamente cuestión tan importante, realizóse, en medio de las más difíciles discusiones y de las más reñidas luchas, la creación de la novena dignidad electoral en favor de la casa de Hannover.

Forzoso es que volvámos aquí un poco la vista al tiempo pasado.

Entre las casas reinantes del Imperio que no eran electorados, la mas respetable y poderosa era la de los Güelfos. Al lado de la línea primogénita de Wolfenbutter, en aquella sazón representada por el duque reinante Rodolfo Augusto y por su hermano menor, el novelista y despues converso Antonio Ulrico, dotado de mas talento político y al mismo tiempo mas ambicioso que aquél, existía la línea segunda, la de Luneburgo, cuya importancia política iba cada día en aumento. De los cuatro hijos entre quienes el duque Jorge I había repartido sus dominios y su patrimonio al morir en 1641, dos habían muerto sin sucesión: Cristian Luis en 1665 y Juan Federico en 1679 (4); de modo que todo el territorio de Luneburgo quedó, al morir éstos, dividido entre los hermanos Jorge Guillermo de Celle y Ernesto Augusto de Hannover, que habían nacido respectivamente en 1624 y en 1629.

Estos dos hermanos Güelfos, que merecen ser contados en el número de las personas reales mas características de aquella época, fueron soberanos ilustres que, penetrados de su valía y engreídos por la importancia cada día mayor de su dinastía, supieron distinguirse en el interior de su Estado como señores, en el Imperio como príncipes ilustres é influyentes, y en las complicaciones de la alta política como valiosos aliados. Sus territorios estaban perfectamente gobernados, gracias á los excelentes ministros y funcionarios de que se rodearon, y su ejército era de los más considerables del Imperio. Sin embargo, estos cuidados no eran los únicos que llenaban su existencia, pues se aumentaron con multitud de sucesos de carácter personal y muchas complicaciones de índole familiar que, si bien en sí mismas eran de un interés secundario, tuvieron en la historia una importancia y

(3) Véase la descripción que de su persona hace en 1692 el embajador veneciano Venier: «*L'aspetto è gracile et avvenente, l'indole sublimè, il talento maggiore d'ogni espressione; giamai giovane principe tanto promise.*» (Fiedler: *Las relaciones de los embajadores de Venecia*, tomo II, página 312). En análogos términos habla de él, algunos años despues, el embajador Ruzini, el cual hace notar en él, entre otras cosas, que no tenía el labio prolongado característico de los Habsburgos («*sens'estensione del labro austriaco*») y dice que sus facciones «formano lineamenti d'un' idea tutta d'attività e di prontezza.» etc. (tomo II, página 390). Las relaciones venecianas de aquella época, desde los comienzos de la guerra contra los turcos, revelan una actitud singularmente simpática hacia la corte imperial. Véase la relación característica y altamente laudatoria del emperador Leopoldo I en las comunicaciones de Corneiro, año 1690, obra citada, tomo II, pág. 275. Leyendo estas relaciones se ve cuán poca reserva guardaban entonces estas obras maestras de la diplomacia (en parte intencionadamente).

(4) Véase las págs. 25, 142 y 172.



unas consecuencias dignas de ser tenidas en consideración.

El mayor de los dos hermanos, Jorge Guillermo de Celle, siguiendo los impulsos de una naturaleza sensual, lujuriosa y ávida de placeres, habíase emancipado desde muy joven cuanto le había sido posible del yugo de los deberes de gobierno, llevando una vida disipada, visitando á Holanda, Inglaterra, Francia y España y siendo huésped asiduo del centro de la vida alegre de la Europa ilustre, esto es, del carnaval de Venecia. Esta conducta que llevaba consigo grandes gastos habíale valido múltiples, aunque siempre inútiles, advertencias de su familia, de sus consejeros y de los parlamentos de su país, hasta que se creyó poderle encadenar á su patria por medio de un matrimonio. Después de alguna resistencia, consintió Jorge Guillermo en pedir la mano de la bella cuanto inteligente princesa Sofía del Palatinado, hermana del elector Carlos Luis, que le fué concedida en 1656 durante una estancia en Heidelberg, donde se encontraba de paso para Italia (1).

Con esto, sin embargo, no se logró el resultado que se deseaba. En efecto, inmediatamente después de contraído el compromiso de matrimonio, que en un principio se tuvo secreto, aquel disoluto de treinta años marchó á Venecia en compañía de su hermano menor, Ernesto Augusto, y allí se dejó llevar por la corriente de libertinaje propia de aquella ciudad (2). Muy pronto arrepentido de haberse dejado encadenar por la promesa hecha en Heidelberg, quiso romperla á cualquier costa, pues nada le parecía poco con tal de recobrar su libertad, y á este propósito concertó con Ernesto Augusto el más indigno convenio (abril de 1658), en virtud del cual renunciaba á la mano de la princesa Sofía en favor de su hermano, quien hasta entonces no poseía casi mas patrimonio que la esperanza de poseer el obispado de Osnabruck que por la paz de Westfalia le había sido prometido (3). Jorge Guillermo le prometió dotar espléndidamente para el porvenir, obligándose por su parte formalmente á no casarse nunca y á dejar sus Estados á los hijos de Ernesto Augusto y de su esposa Sofía del Palatinado (4).

La corte de Heidelberg aceptó sin gran dificultad este convenio. La alianza con el menor de los duques de Brunswick que, dadas sus relaciones de familia, tenía probabilidades de ser algún día el heredero de una gran parte del territorio de Luneburgo, era un buen acomodo para la hija indotada del rey de invierno (5), la cual confesaba sus sentimientos sobre este particular en los siguientes términos: «En esta cuestión no me ha movido mas amor que el de un bon établissement, y si éste puedo encontrarlo en el hermano menor, me tiene sin cuidado cambiar el uno por el otro.»

Así esta mujer de preclaro talento, cuyas memorias y cartas figuran entre los mas notables monumentos de aquella época, entró en la familia de los Güelfos, á la cual aportaba, además de sus valiosas prendas personales, y como dote para el porvenir, su parentesco con la casa de los Estuardos y con él la expectativa, entonces no sospechada, al trono de Inglaterra. El matrimonio de la princesa Sofía con el duque Ernesto Augusto se celebró en setiembre de 1658.

Ernesto Augusto, siendo el menor de la familia, distaba

(1) *Memorias de la duquesa Sofía*, publicadas por Kocher, página 52.

(2) La princesa Sofía refiere que su prometido cayó en seguida en las redes de una griega «que no tenía nada bonito mas que sus trajes,» pero que «le había puesto en un estado muy indecente para el matrimonio.» Página 55.

(3) Véase pág. 26.

(4) Sobrenombre de Federico V del Palatinado. (*N. del T.*)

(5) Véase el compromiso de Jorge Guillermo de 21 de abril de 1658 en Havemann, tomo III, pág. 245 y en las *Memorias de la princesa Sofía*, pág. 60.

mucho de ser un gran señor, pues no tenía patrimonio propio: por eso durante los primeros años de su matrimonio hubo de vivir con muy escasas rentas en la corte de su hermano el de Hannover, y el impresionable Jorge Guillermo volvió á sentir remordimientos cuando vió á la hermosa é instruida princesa á cuya mano tan ligeramente había renunciado. Al morir en 1661 el católico poseedor del obispado de Osnabruck, el cardenal Francisco Guillermo de Wartemberg, esta diócesis, en virtud del derecho de sucesión alterada, pasó á manos del que hasta entonces había sido coadjutor, es decir, del duque Ernesto Augusto, quien trasladó acto continuo su residencia al castillo de Iburg, donde se formó una corte propia. La muerte sin sucesión del duque Juan Federico de Hannover, el converso católico (véase pág. 172), acaecida en 1679, produjo un cambio decisivo en la situación de Ernesto Augusto, el cual heredó los territorios de su hermano, el principado de Calemburg con todos sus anejos, y trasladó su residencia á Hannover. Se hallaba, pues, en posesión de la mitad del ducado de Luneburgo, cuya otra mitad gobernaba su hermano Jorge Guillermo de Celle, y creía tener suficientemente asegurada la herencia de éste y por tanto la unión de todo el patrimonio de su familia, merced al mencionado convenio concertado con aquél.

Sin embargo, las relaciones familiares de la casa de Luneburgo adquirieron un carácter sumamente complicado (6).

El duque Jorge Guillermo que por aquel convenio se había comprometido á no casarse nunca, conoció en el invierno de 1663, en uno de sus frecuentes viajes á la corte de Kassel, á una joven francesa cuya belleza y talento le cautivaron por completo desde el primer instante. Llamábase Leonor d'Olbreuse, era hija de un noble hugonote de la provincia de Poitou y residió por algún tiempo en aquella ciudad en calidad de dama de honor de la princesa hessense de Tarento. El duque se enamoró perdidamente de ella, y aquel hombre inconstante que estaba ya cansado de los tardíos homenajes á su cuñada, la princesa Sofía, no se dió punto de reposo para lograr rendir á la bella francesa, que siendo de un pasado irreprochable (7), ambiciosa y cauta, no se dejó conquistar tan fácilmente, acabando por hacerse cuestión de familia de los Güelfos la pasión de aquel vehementemente príncipe. Ernesto Augusto y su esposa Sofía se encargaron de este asunto, y como tenían vivísimo interés en que Jorge Guillermo no contrajera un matrimonio digno de su condición y no tuviera hijos que pudiesen heredarle, se avinieron gustosos á favorecer la unión de aquél con la inofensiva dama francesa, unión que especialmente deseaba la princesa Sofía, pues esperaba que con ella cesaría el duque de hacerle la corte (8). Leonor d'Olbreuse fué invitada á la corte de Iburg y durante algún tiempo se resistió á aceptar todo otro arreglo que no fuera un formal matrimonio; pero por fin, gracias á la mediación de Ernesto Augusto y de Sofía, que sabían evitar diligentes cualquier paso peligroso á sus intereses, llegóse en noviembre de 1665 á fijar una situación que fué calificada de «matrimonio de conciencia» y por la cual Jorge Guillermo prometió á la d'Olbreuse permanecer toda su vida unido á ella (*de ne l'abandonner jamais*), señalándole además una renta anual de 2.000 thalers

(6) Para lo que sigue véase, además de la obra de Havemann y de los mencionados escritos de Schaumann y de Kocher, el libro de Beaucaire: *Une mésalliance dans la maison de Brunswick. Eléonore Desmier d'Olbreuse, Duchesse de Zell* (Paris, 1884).

(7) Acerca de la maledicencia sistemática de las cortes de la duquesa Sofía y de la princesa Isabela Carlota de Orleans contra la d'Olbreuse, véase el libro de Beaucaire, especialmente la página 107.

(8) *Memorias de la duquesa Sofía*, edición Kocher, pág. 90: «J'étois bien aise aussi de luy voir un amusement par où il ne penseroit plus á moy.»

y una viudedad de 6.000. Este documento fué firmado por los dos interesados y por Ernesto Augusto y Sofía (1) sin que se celebrara ceremonia alguna religiosa.

Extraño hubiera sido que aquella mujer entendida y ambiciosa se hubiese contentado para siempre con este éxito incompleto. Diósele el título de «señora de Harburg,» que podía recordar que en otro tiempo había existido una rama lateral de la familia que llevaba este nombre, y por lo demás supo mantenerse hábilmente en actitud modesta y reservada, mientras llegaba el momento propicio de mostrarse tal cual era. Sobre todo consiguió hacer del inconstante Jorge Guillermo un fiel y apasionado esclavo, sometido cada vez mas á su influencia. De esta unión nació en el otoño de 1666 una hija, Sofía Dorotea, que después fué la infortunada «princesa de Ahlden.» Desde aquel punto y hora el duque Jorge Guillermo no pensó mas que en asegurar á esta hija y á su madre una posición sólida y honrosa, propósito en el cual le alentaba, como es de suponer, Leonor. Para ello pudo colmar á una y á otra de riquezas y de territorios, y además érale dado ganar para ellas honores en la corte imperial gracias á las relaciones excelentes que con ésta mantuvo durante la primera guerra del Imperio contra Francia. En 1674 Leonor y su hija fueron nombradas condesas de Wilhelmsburg y como tales elevadas á la dignidad de condesas del Imperio, y á la joven Sofía Dorotea se le concedió el uso del título y del escudo de la casa de Brunswick para el caso de que se casara con algún individuo de alguna de las antiguas casas imperiales reinantes. Poco después, concibió Jorge Guillermo el plan de legitimar á la madre y á la hija por medio de un matrimonio celebrado en toda forma, lo cual, como se comprenderá, inspiró graves temores á su hermano Ernesto Augusto y especialmente á su esposa Sofía. Esta mujer orgullosa, por cuyas venas circulaba la sangre de los Estuardos, concibió odio mortal hacia la advenediza francesa á quien se había permitido entrar en la familia como instrumento inofensivo y que á la sazón iba á elevarse á la misma categoría que ella. Además de esto existía el temor constante de que en caso de que Leonor tuviese algún otro hijo podía peligrar para Ernesto Augusto y para sus hijos la sucesión del ducado de Celle que el tantas veces referido tratado le aseguraba.

A pesar de todo, Jorge Guillermo hizo su voluntad: no abrigaba el propósito de quebrantar el pacto firmado con su hermano, antes bien dió nuevas y mas firmes seguridades de que después de su muerte pasaría su ducado al duque Ernesto Augusto y á sus hijos, aun en el caso de que de su matrimonio le nacieran hijos, los cuales no llevarían mas título que el de condes de Wilhelmsburg. En abril de 1676 celebróse el matrimonio religioso con Leonor d'Olbreuse, condesa imperial de Wilhelmsburg, que, después de diez años de esperar pacientemente, lograba ver realizada su ambición y como duquesa de Celle era por vez primera saludada con el título de Alteza por el embajador del emperador. El duque Antonio Ulrico de Wolfenbittel había abogado enérgicamente por esta solución que venía á legitimar completamente á la joven princesa Sofía Dorotea, y apenas se hubo verificado el matrimonio apresuróse á sacar de él el mejor partido para su casa.

En efecto, al mismo tiempo que se casaban los padres celebráronse los desposorios de la hija que contaba diez años con el hijo mayor de Antonio Ulrico, el príncipe Augusto Federico de Wolfenbittel. El matrimonio entre los dos jóvenes no pudo, sin embargo, verificarse, porque á los pocos

(1) Comunicado «à peu près en ces termes» en las citadas *Memorias*, página 91.

meses murió el príncipe en el sitio de Philippsburgo (agosto de 1676).

Seis años después casóse, por su desgracia, Sofía Dorotea. Entretanto Ernesto Augusto y Sofía habían tomado posesión del gobierno de Hannover. Desde el matrimonio de Jorge Guillermo, eran bastante tirantes las relaciones que existían entre las dos cortes lüneburguesas. La altanera duquesa Sofía especialmente, no pudiendo resolverse á reconocer como igual suya á la odiada cuñada que de una manera digna y decorosa representaba su papel de princesa en la suntuosa corte de Celle, no desperdiciaba ocasión de hacer burla de la «*démouille de Poitou*,» de lo cual se vengaban en Celle satirizando la elevada alcurnia de la hija «del rey de invierno, del rey sin trono» (*roi en idée*) (2). Pero desde 1679 volvieron poco á poco á aproximarse las dos familias. Por entonces la duquesa Leonor hizo escribir y publicar por un literato francés una obrita que ha sido considerada como sus propias memorias anónimas, y en la cual bajo una forma novelesca hacia una historia de su vida que había de desarmar las prevenções que había contra ella y explicar cómo, por la dirección impresa á su existencia, desde muy pronto «*de ciel l'avoit destinée à quelque chose de plus grand*» (3). No es de creer que Ernesto Augusto y su esposa Sofía se dejaran convencer por este escrito; pero existían motivos mas poderosos que aconsejaban no solo una reconciliación aparente, sino una estrecha unión de familia.

De los hijos de la duquesa Leonor solo vivía entonces Sofía Dorotea, joven bellísima y de gran talento, dotada de un temperamento vivo en el que se dejaba sentir la influencia de la sangre francesa, y quizás algo mal criada por sus padres. Muerto el príncipe de Wolfenbittel con quien había sido desposada, no faltaron nuevos pretendientes á la mano de la princesa que, dado el amor que su padre le profesaba y atendida la generosidad de éste, prometía ser una rica heredera. Entre estos pretendientes estaban el príncipe Jorge de Dinamarca, el príncipe heredero de Suecia y otro hijo mas joven de Antonio Ulrico de Wolfenbittel. Pero el casamiento de la princesa con un individuo de otra casa reinante ¿no era por ventura una contrariedad y quizás un peligro para Ernesto Augusto y Sofía y para la realización completa de sus planes de heredar los dominios de Jorge Guillermo? Tampoco veían aquellos con agrado que pasaran á otras manos los cuantiosos bienes particulares que algún día habían de corresponder á la duquesa Leonor y á su hija. Análogas á éstas eran las ideas que prevalecían en la corte de Celle: Jorge Guillermo consideraba como necesidad ineludible de la política dinástica la unión duradera de todos los territorios de Luneburgo y el mantenimiento de la integridad del patrimonio de su familia; por esto en el verano de 1679 propuso casar á Sofía Dorotea con el primogénito de Ernesto Augusto, el príncipe Jorge Luis (4). En un principio Leonor no compartía los deseos de su esposo, quizás no presagiando nada bueno de aquel enlace para su hija, y hubiera preferido casarla con un francés ó con un Orange (5); pero por fin aceptó aquel plan que parecía el mas recomendable para el interés de la familia.

Las negociaciones para la realización de este proyecto duraron tres años, en el trascurso de los cuales sufrieron repetidas y largas interrupciones. Este asunto presenta caracteres repugnantes, si se tienen en cuenta los motivos que lo im-

(2) Beaucaire, pág. 79.

(3) Esta obra es *Avanture historique écrite par l'ordre de madame\*\*\**, cuya significación ha sido Kocher el primero en determinar.

(4) Que fué después el rey Guillermo I, el primer monarca inglés de la casa de Hannover.

(5) Beaucaire, pág. 117.